

# Homilía solemnidad Corpus Christi (Concatedral de Mérida) 02.06.24

---

Queridos fieles:

Celebramos con toda solemnidad, un año más, el Corpus Christi. La Iglesia, como Madre, nos invita a meditar y asombrarnos ante esa realidad sobrenatural de la presencia eucarística de Cristo en su Iglesia. Meditemos por algunos minutos en estas verdades fundamentales, básicas, que se refieren al sacramento de la Eucaristía.

Sabemos que esta presencia de Cristo -real, sustancial, verdadera- comienza en el momento de la consagración por el poder de las palabras de Cristo y del Espíritu Santo y dura todo el tiempo que subsistan las especies eucarísticas.

Esta presencia continuada explica el culto de la Eucaristía, tanto al interno de la celebración eucarística como después, cuando depositamos en el sagrario o tabernáculo las especies eucarísticas. Manifestamos la fe en la presencia real de Cristo mediante la genuflexión o inclinándonos profundamente en señal de adoración al Señor.

El papa San Pablo VI -el 3 de septiembre de 1965, en momentos en los que se ponía en duda por algunos la presencia real de Cristo en la Eucaristía- publicó la Encíclica “Mysterium Fidei” (“Misterio de la fe”) sobre el culto a la Eucaristía.

En dicha Encíclica el santo papa Pablo VI expresa muy bien la fe de la Iglesia: «La Iglesia Católica ha dado y continúa dando este culto de adoración que se debe al Sacramento de la Eucaristía no solamente durante la Misa, sino también fuera de su celebración: conservando con el mayor cuidado las hostias consagradas, presentándolas a los fieles para que las veneren con solemnidad, llevándolas en procesión» (n. 56). Es lo que hacemos en la solemne procesión del Corpus Christi.

¡No dejemos nunca de admirarnos, de asombrarnos! Ante este admirable misterio. Es grandemente admirable -como dice el Catecismo de la Iglesia Católica- «que Cristo haya querido hacerse presente en su Iglesia de esta singular manera (----) puesto que iba a ofrecerse en la cruz por nuestra salvación, quiso que tuviéramos el memorial de su amor con que nos había amado hasta el fin, hasta el don de su vida». Por tanto, en su presencia eucarística permanece misteriosamente en medio de nosotros como Quien nos amó, nos ama y se entrega por nosotros.

San Juan Pablo II en la Carta “Dominicae Cenaе” nos dice: «La Iglesia y el mundo tienen una gran necesidad del culto eucarístico. Jesús nos espera en este sacramento del amor....no cese nunca nuestra adoración».

El papa Francisco nos ha dicho que la Eucaristía es la respuesta de Dios al hambre más profunda del corazón del hombre, lamentando que en este tiempo nuestro se haya perdido el sentido de la adoración y concluía: “necesitamos recuperar el sentido del culto en silencio, de la adoración” (junio de 2023, aceprensa).

La Eucaristía, en fin, entraña un compromiso en favor de los pobres. Recibir y adorar en verdad el Cuerpo y la Sangre de Cristo entregado por nosotros nos lleva a reconocer a Cristo en los más pobres, sus hermanos y mis hermanos. «¿Has gustado el Cuerpo y la Sangre del Señor y no reconoces a tu hermano?», nos pregunta San Juan Crisóstomo. Participar en esta mesa nos lleva como de la mano a ser misericordiosos.

Que la Virgen, mujer eucarística, nos lleve también de la mano a tratar bien a su Hijo en este admirable sacramento de la Eucaristía.

**+ Celso Morgia Iruzubieta**  
Arzobispo de Mérida-Badajoz